

LORETO ARAYA SECCHI

Anorexia: búsqueda religiosa desde el desorden simbólico

Algunas palabras previas

Comenzaré este artículo nombrando los caminos que me han llevado a detenerme en el tema de los desórdenes alimenticios, específicamente de la anorexia nerviosa, que explican y sustentan el lugar desde el cual he mirado esta manifestación humana, mayoritariamente femenina. En este fenómeno, pienso, convergen los significados de la corporalidad y el alimento en la experiencia femenina.

He conocido las dificultades de esta relación (cuerpo-alimento-ser mujer) a partir de las experiencias, con el cuerpo y el alimento, de amigas y otras mujeres no tan cercanas, además de mi propia experiencia en este sentido.

Las explicaciones obtenidas en mis años de estudiante de psicología, no satisfacían mi necesidad de entendimiento.

Estas respuestas, que provenían desde el psicoanálisis a la terapia familiar, sólo explicaban los síntomas, quedándose en la superficie de un fenómeno que a mi parecer es la manifestación de una búsqueda más profunda, que Jung llamó individuación.

Ha sido en la escuela junguiana y transpersonal donde finalmente he

encontrado un lugar desde el cual comprender mi propia existencia y la de los otros y otras, pues me permiten incorporar la necesidad de trascendencia y la dimensión divina en la comprensión del proceso vital de las criaturas humanas.

Desde ese lugar, intentaré encontrar otro significado a los desórdenes alimenticios. Un significado que permita transformar el conflicto en un camino de descubrimiento, de conciencia de sí. Un camino de reencuentro con una misma, que es al fin de cuentas, un camino de reencuentro con lo divino presente en lo humano.

Finalmente, la inmensa cobertura que ha tenido este fenómeno por parte de los medios de comunicación me ha llevado a mirar más allá de lo puramente individual y poder observar las repercusiones sociales que trae la anorexia. Un fenómeno que despierta tanto interés y que es empequeñecido a través de las explicaciones que de él se dan, todas ellas centradas en la importancia causal del ideal corporal, es necesariamente un fenómeno que agrede y ataca las bases del orden imperante.

La anorexia cuestiona directamente la existencia de ciertas formas de ser regulares o normalizadas, creando una nueva que no obedece al ideal. "Más que ser el efecto de relaciones especulares, la anorexia, los modos de consumo y el funcionamiento del propio cuerpo podrían ser vistos como formas de invención. La verdadera "desviación" del cuerpo anoréxico podría representar una cierta "falla" o "bloqueo" del concepto cartesiano. Debido a que tal cuerpo estaría precisamente donde la clásica y reguladora "imagen de pensamiento" como un "teatro" ordenado se fracturaría."

Hay en el lenguaje de la anorexia un rechazo tal a la definición de lo femenino dada por el patriarcado, que éste necesita encontrar su propia explicación y difundirla, de manera que este fenómeno no implique una amenaza. Se empequeñece la experiencia femenina y sus conflictos en un mundo donde no cabe su propia manera de

decir y decirse, anulando su poder de transformación y crecimiento.

En este intento de aplacar el impacto de la anorexia, el sistema ha validado la delgadez extrema como el canon de belleza femenina por excelencia, más aún, como un deber a cumplir. De esta forma las anoréxicas, más que transgresoras, se transforman en este contexto en mujeres obedientes y pasivas. Las que no lo son, se debilitan siguiendo dietas interminables. "Las numerosas teorías sobre la crisis de nutrición de las mujeres se han centrado en la psicología individual con el consiguiente descuido de la política pública, han observado la figura de las mujeres para ver cómo expresan un conflicto frente a su sociedad, en lugar de determinar cómo su sociedad hace uso de ese conflicto sobre la figura femenina. Hay una tendencia a concentrarse en la reacción de las mujeres frente a ese ideal de delgadez, en lugar de analizar en qué sentido el ideal de delgadez es proactivo, un golpe preventivo."²

Es necesario entonces aproximarse a la anorexia teniendo en cuenta su complejidad y su riqueza simbólica. Considerar los factores individuales y los símbolos que en ellos se expresan, dentro de los distintos contextos de relación en que esta manifestación ha existido. Con esto me refiero a la importancia de la mirada histórica, desde la cual es posible entender el rol del alimento en la experiencia femenina, los significados de sus cuerpos a lo largo de la historia y cómo el conflicto entre el lugar asignado por otros y el lugar deseado por ellas, se manifiesta a través de la forma del cuerpo y la relación con los alimentos.

Además, la corporalidad, la materia, el alimento, son elementos fundamentales de lo simbólico religioso occidental. Esto da cuenta de la religiosidad implicada en el comportamiento anoréxico; religiosidad que no es otra cosa que un impulso humano, de unir lo que se ha separado.³

Diversas perspectivas

Dada la complejidad de la anorexia, se han desarrollado diversos modelos para explicarla, desde que en la década de los '70 pasara a formar parte del debate público. Me detendré solamente en aquellos que han discutido más profundamente sobre el tema y cuyo discurso ha circulado y se ha difundido más ampliamente.

El **modelo biomédico** explica la anorexia como un síndrome multi-determinado en el que participan la vulnerabilidad biológica individual, la predisposición psicológica a la enfermedad y el clima social. Es un modelo reduccionista que pone gran énfasis en las disfunciones neuronales o endocrinas que pueden dar cuenta de la anorexia. A partir de esta premisa se eligen los tratamientos a seguir, fundamentalmente farmacológicos y de modificación de la conducta.

El **modelo psicológico** incluye las distintas teorías que explican la anorexia a partir de la psicología individual, tomando como núcleo central, la respuesta patológica a la crisis de desarrollo de la adolescencia.

Desde la perspectiva psicológica se intenta detectar una dinámica interna que explique las distintas características de la enfermedad, las relaciones entre ellas y con un entorno familiar determinado.

Las distintas líneas teóricas se enfocan en un determinado aspecto de la anorexia: el sistema familiar y sus estilos de comunicación; la experiencia interna de la adolescente/adulta frente a su cuerpo, sexualidad e historia vital, los factores cognitivos e intelectuales implicados o los contenidos inconscientes que participan en la anorexia (tanto desde la perspectiva freudiana como junguiana).

El *aspecto comunicacional*: el desorden de la comunicación aparece tanto en el sistema familiar como en la comunicación intrapersonal de la paciente.

Desde esta perspectiva, el foco central está puesto en la dinámica del sistema familiar en el que surge la anorexia, que es definido como una familia psicósomática. Esta se caracterizaría por una estructura de elevada implicación interpersonal, sobreprotectora, rígida, y evitadora de conflictos.⁴ El tratamiento propuesto entonces, sería la terapia familiar, a fin de modificar la estructura dentro de la cual la paciente anoréxica es síntoma de un sistema enfermo.

Lo cognitivo: las distorsiones cognitivas están en directa relación con la configuración familiar ya descrita y los estilos comunicacionales que las caracterizan. Entre estas distorsiones se encuentra la distorsión perceptual frente al tamaño del propio cuerpo, que les impide a las anoréxicas "ver" su cuerpo como realmente es. Aún existe el debate de si esta distorsión se debe a la inanición o si forma parte del síndrome como un síntoma primario.

Este estilo cognitivo da cuenta de la paradójica relación con el alimento de las anoréxicas. Piensan frecuentemente en comida, cuentan calorías y saben mucho de nutrición. Una vez que entra en el cuerpo, el alimento se transforma en una sustancia indeseable, pues que puede enterrarla en kilos de carne no deseada. Se sustituye el símbolo por lo que simboliza.

La perspectiva del desarrollo: el tema central aquí es el rechazo de la niña a la sexualidad y a la feminidad que ha visto y le ha sido transmitida por su madre. Algunos autores(as) sostienen que la anorexia tendría como desencadenante el primer periodo menstrual o el primer intento de acercamiento sexual por parte de un hombre.

El terror fóbico a engordar y la amenorrea, forman parte del núcleo central de la anorexia. Ambos, la grasa corporal y la menstruación, están íntimamente conectados y juegan un rol fundamental en el desarrollo sexual de las mujeres. Las consecuencias del comportamiento anoréxico en la corporalidad femenina, se traduce entonces en la adopción de una posición diferente frente a su ser mujeres; una

existencia femenina que no incluya el encuentro sexual ni la procreación. “La mayoría de estas mujeres no tienen relaciones sexuales, no se masturban ni salen con hombres, y muchas, al igual que sus antepasadas medievales, mueren vírgenes”⁵

Al estar insertas en un mundo que desvaloriza la existencia femenina, las madres no han podido ser un modelo de realización para sus hijas. La anorexia representa desde esta perspectiva, el reflejo de la decisión inconsciente de no participar en la vida sexual y el rechazo del mito genital, que prescribe un comportamiento sexual permanentemente activo, más allá de los deseos y necesidades de cada mujer.

En lugar de identificarse con sus madres, que para las adolescentes representan lo femenino, éstas se identifican inconscientemente con sus padres, quienes representa en su interior el principio masculino. Se rechaza entonces el cuerpo femenino, la materia, la creación y se idealiza lo mental, desencarnado y ascético, que las anoréxicas intentan alcanzar a través de la purificación del cuerpo y de la sensación de éxtasis provocada por la falta de alimento.

La perspectiva psicoanalítica: la teoría psicoanalítica freudiana, entiende la anorexia como una perturbación en la identidad femenina adulta que se traduce en la dificultad de asumir la feminidad, la sexualidad y la maternidad.

En la adolescencia se reactiva la problemática temprana con la madre, que no ha podido asumir la función materna, debido a que no se ha independizado (emocionalmente) de su propia madre. La feminidad se construye entonces, a través de la identificación con una madre frágil, a la que no es posible agredir, por lo que la agresión a la madre se transforma en autoagresión. La identificación con esta mujer frágil y dependiente hace que para la anoréxica, convertirse en mujer implique una amenaza.

Sin embargo, es necesario tener presente que desde la teoría freu-

diana la sexualidad femenina es explicada en función de la masculina (la teoría del sexo único) y la madurez femenina se alcanza sólo cuando aparece el deseo de maternidad como resolución sana del Edipo (el hijo en lugar del falo del padre).

Freud no consideró la vivencia de las niñas al descubrir sus propios cuerpos y el impacto que en ellas podría producir la mirada del padre y/o del mundo sobre su cuerpo femenino. No consideró que las niñas crecen en un lugar donde su cuerpo sexuado femenino, significa muchas veces más una amenaza que un goce.

El modelo cultural: Desde este modelo, "La anorexia es generada por un fuerte imperativo cultural que hace de la delgadez el principal atributo de la belleza femenina."⁶ Para el modelo cultural, la información visual (televisión, películas, revistas y publicidad) alimentan la preocupación por la delgadez femenina y sirven como estímulo primordial de la anorexia.

La conducta anoréxica no es vista como una patología o un desorden psicológico, sino como la inevitable consecuencia de una sociedad misógina que degrada a las mujeres, devaluando las experiencias y los valores femeninos, cosificando sus cuerpos y desacreditando su posición. Entonces, se hace equivalente el desorden psicológico de la anorexia, con una protesta política; una suerte de huelga de hambre llevada a cabo por las mujeres para protestar contra el patriarcado.

Sin embargo, no se observa en las anoréxicas una meta política clara que ponga fin al ayuno; éste es más bien un acto sin fin, realizado en forma individual y con una elevada preocupación por sí misma.

La perspectiva transpersonal

Como dije al comienzo de este trabajo, no acabé de encontrar en estos modelos una explicación que para mí fuese suficiente. Me hacía falta aún un nivel más profundo en la comprensión de la anorexia, que sin negar los otros, permitiera encontrar en esta manifestación, un sentido trascendente.

Me detendré unos momentos a explicar esta idea, sirviéndome de los conceptos de la escuela transpersonal acerca de la formación de la conciencia.

La construcción de la conciencia de sí, se realiza a través de responder a la pregunta "¿Quién soy?". Las respuestas trazan una línea o límite mental que atraviesa todo el campo de la experiencia y del deseo; lo que queda dentro del límite se percibe como "yo", mientras que lo que queda fuera de límite, queda excluido de este "yo". La línea puede trazarse en distintos lugares, según dónde se sitúe el límite entre lo que se es y lo que no se es. "Lo que importa en este análisis de los límites entre lo que uno es y lo que uno no es, estriba en que el individuo no sólo tiene acceso a uno, sino a muchos niveles de identidad. (...) Es casi como si ese fenómeno familiar pero, en última instancia, misterioso, que llamamos conciencia, fuera un espectro, una especie de arcoiris compuesto por numerosas bandas o niveles de identidad."⁷

A lo largo de la vida, la línea divisoria se va trazando en distintos lugares, disminuyendo lo que se es, en desmedro de lo que no se es, estableciendo líneas limítrofes que finalmente dejan una imagen reducida de sí, a la que se llama persona o máscara. Los aspectos que quedan fuera, son proyectados o escindidos y forman la sombra, o lo rechazado o negado de sí. La conciencia de sí, entonces, sólo queda conformada por los aspectos yoicos aceptados.

Si se amplía la conciencia de lo que se es y se reconoce como propio

lo excluido en la sombra, la demarcación queda en el interior del organismo, separando la mente o el *ego*, del cuerpo, quedando este último fuera del límite de lo que se es. La conciencia de sí no abarca el organismo entero, sino un aspecto de él; el *ego* o la mente. En otras palabras, se identifica con una imagen mental de sí.

Otro nivel de conciencia de sí, se establece cuando el límite se traza entre el organismo y el medio que lo contiene; es el límite que nos da la piel y que da cuenta de una identidad que contiene al cuerpo y a la psique con todos sus elementos, integrados. Se es uno/a con la totalidad del organismo.

Existe también una demarcación que trasciende la frontera del organismo constituida por la piel y es la entregada por las vivencias transpersonales, donde la identidad se expande más allá del organismo. "Aunque no se identifique con el Todo, tampoco su identidad se mantiene confinada exclusivamente al organismo."⁹

Si se considera lo anterior, se puede ver que del mismo modo como cada persona establece su identidad y por tanto su modo de comprenderse a sí mismo(a), las distintas filosofías, religiones y corrientes psicológicas, "no representan tanto maneras contradictorias de enfocar a los individuos(as) y sus problemas, sino que son más bien enfoques complementarios de diferentes niveles del individuo."⁹ Es decir, todas intentan efectuar cambios en la conciencia de una persona, pero parten de diferentes niveles, pues entienden la existencia humana de modos diferentes.

De este modo, las explicaciones que los distintos modelos entregan acerca del fenómeno de la anorexia, apuntan a diferentes niveles del espectro de la conciencia, entregando, cada uno de ellos, una visión clara y plausible dentro de su nivel principal.

Desde el nivel de la *conciencia de unidad*, donde se encuentra la escuela junguiana, se puede entender los procesos que se dan en las

personas, no sólo como individuales, sino también como colectivos o transpersonales, es decir, que nos conectan con el ser transpersonal que nos habita que forma parte del inconsciente colectivo. Esta perspectiva permite entender las manifestaciones humanas, como caminos de crecimiento; posibilidades de ir al encuentro del Sí mismo verdadero, manifestación de lo divino en lo humano.

Jung habla del proceso de *individuación*. Este proceso, que se lleva a cabo a lo largo de la vida, implica "la realización consciente de la propia realidad psicológica, que incluye tanto las habilidades como las limitaciones. Conduce a la experiencia del Sí mismo como centro regulador de la psique."¹⁰

La anorexia podría ser entonces un camino hacia la individuación (podría ser, si se extrae de ella su significado profundo y se leen los símbolos que en ella aparecen), en el que la mujer se reúne con la Madre y recupera para sí el significado que tiene *para ella* su existencia femenina.

Con esto no pretendo hacer una apología de la anorexia, sino encontrar en su significado más profundo, la curación de la herida que se intenta sanar a través de tan doloroso comportamiento. "La anorexia lleva la atención al fracaso de quien la padece en una manera que pretende traer la resolución del problema. En su confusa y paradójica manera, la anorexia es una búsqueda de autonomía, independencia y crecimiento espiritual."¹¹

La anorexia se define básicamente por un evidente comportamiento de rechazo del alimento. La comida es un sistema de símbolos con múltiples significados, por lo que es necesario conocer el valor simbólico de lo que se rechaza. De este modo, conocer las raíces de la conducta de ayuno, es un paso vital para la comprensión del entramado simbólico de la anorexia.

Por otra parte, el cuerpo es y ha sido, un significante de nuestra

existencia, que se ha llenado y vaciado de significados según la cultura y la época de la que se hable. La conducta anoréxica es anterior al modelo cultural de la belleza delgada, por lo que el intento de modificar el cuerpo obedece a un impulso distinto, relacionado con él o los significados contenidos en la corporalidad femenina.

Pienso que una revisión histórica de estos significantes/significados, pueden iluminar una comprensión de la anorexia, con el foco puesto en el mensaje implícito, que el cuerpo, como un texto, entrega para ser descifrado.

El ayuno (o la purificación)

Resulta difícil, muchas veces, hablar de la abstención de alimentos sin hacer referencia también al cuerpo, pues el ayuno tiene un efecto directo en la corporalidad. No se debe olvidar que en el sacramento de la comunión el cuerpo y el alimento son una misma cosa: el cuerpo transformado en un objeto que se come, mas, lo que se come es a fin de cuentas el cuerpo de Cristo. Este ritual simbólico, sin duda tiene una gran influencia en la significación del cuerpo y el alimento como elementos cargados de sentido religioso.

La conducta de ayuno existe desde la antigüedad y siempre ha estado ligada a rituales religiosos, donde se practica como una forma de preparar el cuerpo y el alma para el encuentro con lo divino.

Se cuenta que los participantes en los Misterios Eleusinos ayunaban los días anteriores a ser iniciados y en las tradiciones chamánicas de América, él o la chamana ayunan antes de recibir la sustancia que los hará caer en trance.

Dentro de la tradición occidental el ayuno era una acción espontánea asociada con la toma de decisiones de los apóstoles, pues intensificaba la súplica en una oración ya colmada de esperanza.

El impulso ascético y la idea del ayuno como forma de purificar la mente y el cuerpo y de preparar el alma para la inspiración de Dios, tiene sus raíces en las tradiciones dualistas orientales, las pitagóricas (cátaros, valdenses y otros) y neoplatónicas, que intentan escapar del cuerpo pues en éste se entierra el espíritu para siempre.

Los padres de la Iglesia oficial, intentaron controlar el ayuno como medida política frente a los grupos heréticos. Estas medidas colaboraron fuertemente con la pérdida del sentido original de esta práctica, que era la de prepararse para el encuentro con Dios.

El ayuno en la religiosidad femenina tomó características distintas al ayuno ascético, pues ya no obedecía sólo a una vida moderada en extremo, sino a una conducta de inanición mantenida en el tiempo, llevada al extremo de la muerte por falta de alimentos. Muchas veces estaba asociada a visiones místicas y trances, a través de los cuales el contacto con Dios era directo.

La prolongación del ayuno era una forma de “rebelarse contra una religiosidad pasiva, vicaria, dependiente; su piedad se centra intensa y personalmente sobre Jesús y su crucifixión, y busca activamente una unión con Dios. Una vez que se convence que su novio espiritual se comunica directamente con ella y por lo tanto alcanza autonomía, los mandatos de un hombre terrenal se vuelven triviales”¹²

Claramente, hay en esta conducta un desafío a la mediación masculina, sin embargo, el permanente acto de purificación del cuerpo, obedece también a un impulso de trascender la materia para ser una con el espíritu. Para estas mujeres Cristo era un hombre amado y la unión mística con él, requería que ellas sólo tomaran la hostia como alimento. La negación voluntaria del estímulo del hambre y la fatiga las acercaba a la perfección espiritual de este amante divino, para el cual guardaban su virginidad.

Del mismo modo, algunas mujeres laicas, que fueron conocidas

como santas, llevaron a cabo severos ayunos y una vida despojada de comodidades materiales.

Al final de la Edad Media el ayuno como práctica religiosa, era casi inexistente y el acto de ayunar deja de estar inscrito en el marco de la religión oficial.

Esto, sin embargo, quiere decir, que lo que deja de existir es el reconocimiento que la Iglesia hace de la conducta de ayuno como un acto religioso válido. Pero, su significado simbólico, aquel que obedece al impulso de preparación del cuerpo y el alma para recibir a la divinidad, sigue formando parte de la existencia humana y seguirá siendo practicado por las mujeres hasta la actualidad.

Con el surgimiento del racionalismo los clérigos son reemplazados por los médicos en la evaluación de las causas del ayuno. Las mujeres ayunantes ya no son vistas como mujeres santas y devotas, sino como pacientes, que sufren una enfermedad de causa orgánica y, más tarde, psiquiátrica.

Las mujeres, sin embargo continúan con la necesidad del ritual, de la expansión, mas ya no hay un contexto que lo signifique como tal. Desde ahora ellas serán significadas como enfermas y no sabrán nombrar lo que les sucede. La función mediadora del ritual, entre la persona y lo divino, deja de existir; la acción queda despojada de su sentido y se transforma en una acción vacía, incomprensible y profundamente dolorosa.

El ayuno no es significado hoy en día como parte de un ritual religioso, éste quedó oculto en nuestro inconsciente. Sin embargo, muchas mujeres realizan diariamente este acto religioso sin ser conscientes de ello. Sin ser conscientes de la necesidad de reconectar con lo divino, que subyace en lo profundo de su conducta.

En este punto, creo que es necesario aclarar que el ayuno perdió su

significado original, de preparación corporal y espiritual para recibir a lo divino, en el momento en que se convirtió en una acción destinada a combatir al cuerpo, que era significado como un obstáculo para la perfección espiritual.

Entonces, parte del trabajo de sanación pasará por recuperar el significado divino y trascendente del cuerpo. No será necesario entonces, purificarlo compulsivamente a través del ayuno. Este último puede también de esta forma, recuperar su significado original y volver a servir como una mediación con lo divino a través del vaciamiento del cuerpo y del alma para recibirlo.

Hay otro aspecto del ayuno que me parece necesario destacar: las mujeres medievales que practicaban el ayuno (en forma compulsiva), lo utilizaban como una forma de tener una relación directa con Cristo, como hombre amante. El ayuno les permitía acercarse a sus características divinas, estar a su altura para recibirlo. En otras palabras, deshacerse de lo terrenal, lo material, para recibir el cuerpo del amado como único alimento.

Entre las anoréxicas de hoy en día, se observa una dinámica similar, pero ya no se habla de Cristo, sino del *animus*, la polaridad interna. "La anorexia incluye un rechazo de la madre y de su cuerpo, en favor de una relación simbólica con este espíritu adolescente masculino puro que tiene todos los atributos de una divinidad masculina joven."¹³ Esta unión espiritual, le da a la anoréxica el sentido de pureza que ella busca, a través de la transformación de su cuerpo de mujer en un cuerpo de joven adolescente. Por otra parte, el ayuno en sí, otorga una sensación de éxtasis místico, que es el lugar de encuentro con ese ser divino.

El cuerpo (o el legado de la madre, junto a la palabra)

Otro elemento fundamental de la constelación anoréxica es la rela-

ción con el cuerpo.

El cuerpo es una fuente de significado, en su calidad de sede de la experiencia. El cuerpo, sexuado femenino, significa para las mujeres la capacidad de ser dos, de experimentar la apertura a lo otro, lo distinto de sí, como una invitación a la relación.

La morfología del cuerpo femenino, la de su sexo, contiene, en sus orificios, en su humedad, en sus mucosas, en los labios (que son siempre dos en relación), en el útero que alberga, esa capacidad femenina de invitar a la relación, esa capacidad de dar y de dar(se) una y otra vez. Es, en su sentido último, un cuerpo materno (no necesariamente de maternidad biológica) abierto a la posibilidad de ir naciendo, seguir naciendo; siempre abierto a lo infinito.¹⁴

María Milagros Rivera, propone que muchas mujeres encontraron en ciertas formas de religiosidad y espiritualidad, la manera de tener el control de su cuerpo y sus significados. La preservación de la castidad y la renuncia al matrimonio, les permite quedar fuera del sistema de género y tomar la palabra desde su cuerpo sexuado. "El tomar la palabra puede adoptar la forma de predicación, de profecía, de diálogo entre mujeres, de escrito, de imagen, de sonido, y, también, puede tomar la forma de texto inscrito en el cuerpo; es decir, de manifestación somática que expresa una tensión insostenible e inexpressable de otra manera."¹⁵

La intensa cualidad corpórea de la espiritualidad femenina estaba inscrita en un contexto filosófico-teológico en el que la mujer estaba asociada con la carne, por un lado, y por otro a que las personas eran concebidas como una unidad formada por un cuerpo y un alma.

La asociación de la mujer con el cuerpo, implicaba también que ellas representaban el cuerpo de Cristo, su humanidad. Este cuerpo muchas veces era significado como femenino porque "el aspecto tierno, nutricio del cuidado de Dios a las almas era descrito normalmente

como maternal. Tanto los hombres como las mujeres místicas llamaban a Jesús “madre” pues alimenta eucarísticamente a los cristianos con el líquido destilado de su pecho, su sangre derramada en la cruz y dando nacimiento a nuestra esperanza de vida eterna.”¹⁶

El cuerpo de Dios tenía un extraordinario significado religioso. El pan se convertía en Cristo en la ceremonia de la eucaristía y la hostia consagrada era un vestigio físico de Cristo. Para las mujeres, recibirla era conectarse directamente con su esposo divino, que se transformaba en pan para introducirse en sus cuerpos.

Las creencias acerca del cuerpo que se tenían durante la Edad Media, sin embargo, no dan total cuenta de la cualidad somática de la práctica religiosa femenina. La mística femenina, especialmente en el siglo XIII, se caracterizaba fundamentalmente por la devoción a la humanidad de Cristo y a la eucaristía.

Para las místicas, Dios era el rey del cielo y Cristo era un amante, amigo y novio, así como también, un juez y gobernante. Lo fundamental era la consideración de la humanidad de Cristo. “Cristo es lo que somos: nuestra humanidad está en él y en él se encuentra nuestra humanidad. Encontramos la humanidad-divinidad de Cristo en la eucaristía y la unión mística, cada una de las cuales es análoga a la otra.”¹⁷ Recibir la eucaristía era unirse a Él; unirse con un ser donde lo divino y lo humano ya están unidos.

Entre algunas místicas, las heridas de Cristo no sólo eran signos de sufrimiento y dolor, sino fuentes de nutrición, poniendo mayor énfasis en la sangre con que Cristo nos alimenta, cuando tiene lugar la más profunda unión con Él. “La humanidad de Cristo significa que el trabajo de salvación ya ha sido alcanzado.”¹⁸

Para otras, sin embargo, Cristo era ejemplo de sufrimiento y expiación de pecados. Esto genera una diferencia importante, ya que estas últimas tenían un inmenso sentido del sufrimiento y la priva-

ción, y por lo tanto, una vívida experiencia del pecado. Del mismo modo como sufrió Cristo, cada alma debe sufrir para el logro de la salvación, a través de la limpieza, la preparación y la expiación.

Caroline Walker Bynum sugiere que las diferencias entre unas místicas y otras están dadas fundamentalmente por la edad en la que entraron a participar en una comunidad religiosa. Las mujeres que desde pequeñas fueron socializadas por otras mujeres en los conventos, no incorporaron el sistema de género en el que lo femenino era naturalmente inferior y por tanto, no digno de ser canal divino. Ellas se comunicaban directamente con Dios, quien perdonaba sus pecados y les confería autoridad para predicar su palabra, sin necesidad de mediación sacerdotal.

Por otra parte, para ellas la unión con la divinidad y su humanidad, eran nuestra salvación. "Nuestra humanidad está incorporada en la de Cristo, la cual está unida a la divinidad. La humanidad de Cristo es la puerta a través de la que se entra."¹⁹ De este modo se rescatan los bienes de la materia, que si bien no es equivalente al espíritu, puede prepararse para incorporarse a Cristo.

Estas mujeres no se referían a sí mismas como inferiores, la Virgen María era madre y reina en el cielo y no tenía un lugar inferior al de Dios. La mujer no era usada como un símbolo de la carne, la lujuria o lo irracional, sino que era la novia amada buscada por el novio.

Las mujeres que ingresaban más tarde en una comunidad religiosa, mostraban en su imaginería mística a la femineidad como símbolo de la pequeñez humana, lo distinto de Dios; "una diferencia que llora por ser completada por el novio y hacer la unión íntima posible."²⁰

Dios era masculino y María no era una imagen femenina de Él, y su humanidad no está por naturaleza libre de pecado como la de Cristo. Aparecía, en sus imágenes religiosas, la conciencia de la opinión que el mundo tenía sobre la inferioridad y debilidad de las mujeres.

Estas mujeres, por los ojos y los oídos abiertos, habían sido penetradas por los modelos de género durante la socialización anterior al convento. Sin embargo ellas decidieron cerrar su cuerpo y recluírse en un lugar desde el cual recuperar el control y la autonomía. Mas, en su interior llevaban una construcción simbólica de su sexo que no les era propia.

Para ellas, la unión con Cristo no sólo era una unión con lo divino, sino también una forma de expiación, ya que en su humanidad lo más importante era el hecho del sufrimiento vivido para expiar nuestros pecados.

Las místicas, indistintamente si habían sido socializadas o no en una comunidad femenina, veían la eucaristía como el lugar donde su humanidad se encontraba con la divinidad y se le unía. Se unían con su amado divino, en un encuentro que les daba "felicidad y poder; era controlable, repetible; era la unión con la humanidad de Cristo así como también un momento en el que el rol mediador al que la mujer era llamada por Cristo era reforzado a través de la incorporación en esa mediación final, la Encarnación." ²¹

Las prácticas corporales más comunes entre las mujeres místicas, eran las de manipulación psicosomática, es decir, trances, levitaciones, rigidez corporal, hemorragias espontáneas y otras manifestaciones que provenían del interior del cuerpo. Entre éstas se encontraba el ayuno perpetuo o más bien la incapacidad de comer otra cosa que no fuera la hostia eucarística. El cuerpo era un lugar de encuentro con Dios, no sólo de la expresión de la corporalidad de Cristo. Del mismo modo, era un lugar para recibirlo y para recibir su cuerpo, a través del pan transformado en Él.

Las mujeres que sólo se alimentaban con la hostia consagrada, perdían la menstruación, es decir su capacidad de maternidad biológica. Perdían también las formas corporales que las singularizaban como mujeres y dedicaban la mayor parte del día a orar y prepararse

para recibir a su esposo espiritual. Activamente, estas mujeres cerraban su boca y su vulva a todo lo que no fuera su amante divino.

A mi parecer, en este punto comienzan a jugar su papel los factores individuales que dan cuenta de por qué, algunas mujeres, tomaron este camino para poder ir al encuentro directo con Cristo. No es sólo la búsqueda de no incorporarse al sistema de parentesco; hay una búsqueda paralela, que tiene que ver con la figura de Cristo como hombre, como hombre puro, joven y divino.

Para ir a su encuentro y poder recibirlo, estas mujeres degradaban paulatinamente sus cuerpos, les negaban el alimento y no hacían caso al hambre o la fatiga. Además, en general, el ayuno interminable se encontraba asociado a otras prácticas de autotortura corporal, como ceñirse el cuerpo con cadenas, usar camisetas urticantes bajo la ropa o dormir en el suelo usando piedras como almohadas.

¿Qué había en el inconsciente de estas mujeres que las llevaba a significar sus cuerpos como un objeto que debe ser degradado?, ¿Por qué cerrarlo para poder ir al encuentro del amante divino?

Para responder a estas preguntas es necesario, primero, conocer un poco más acerca de las creencias medievales sobre el cuerpo en general y sobre el cuerpo femenino en particular.

El cuerpo, al mismo tiempo que era un vehículo de contacto con Dios, era el lugar de la tentación y la descomposición. Las mujeres al estar asociadas al cuerpo, estaban asociadas también a las connotaciones negativas que éste tenía, como la lujuria y la irracionalidad.

La ubicación de la fuente del pecado, por tanto, era diferente si se trataba de hombres o de mujeres. Los pecados cometidos por los hombres se debían a la tentación provocada por un objeto externo a ellos, que los seducía y los llevaba a pecar (muchas veces tentados por la corporeidad que la mujer les ofrecía). Las mujeres, sin embar-

go, tenían la fuente del pecado dentro de ellas, no eran víctimas de la tentación, sino que eran pecadoras en sí mismas, dada la naturaleza de sus cuerpos. Eran hijas de Eva, que había traído el pecado inscrito en su cuerpo y lo había mediatizado a través de un alimento.

Se consideraba a la mujer como representación de la carne, mientras que el hombre simbolizaba el espíritu y se definía a las personas como portadoras de ambas características. El cuerpo del hombre era el paradigma. Era la definición de lo que somos como humanos, mientras las mujeres eran lo físico, la materialidad de nuestra humanidad.

Si volvemos a las diferencias existentes entre las místicas que fueron socializadas tempranamente en una comunidad de mujeres y las que ingresaron más tarde, se podría encontrar una explicación a la conducta de ayuno perpetuo.

Las mujeres que llegaron una vez socializadas en el mundo heterosexual, llegaron a la comunidad femenina, con un constructo de su sexo, de su cuerpo sexuado femenino, basado en las características ya mencionadas -debilidad, lujuria, irracionalidad-. La valoración del sufrimiento de Cristo como forma de redención y limpieza de su carne y la necesidad de ser completadas por una entidad masculina, las llevaba a amar a Cristo como a un amante celestial, que exigía el sufrimiento para poder ser dignas del encuentro con Él.

No sólo era la importancia de la virginidad para recibirlo, o del trabajo espiritual para ir hacia Dios. Era necesario experimentar el sufrimiento que Cristo y María habían padecido para poder salvarse y salvar a las almas que estaban en el purgatorio. No eran ellas mediadoras válidas del consuelo o salvación de otros sólo a través de la palabra; era necesaria una acción perpetua.

Como se verá más adelante, esta valoración del sufrimiento femenino y de la enfermedad, los convertirá en signos de santidad *per se*.

“La importancia de dolorosas enfermedades y heroicas respuestas a tales pruebas involuntarias puestas por Dios como principal tema en la vida de mujeres santas aumentó notablemente a finales del siglo XVI”.²² El sufrimiento físico seguirá siendo el modo en que las mujeres intentarán contactar con lo divino perdido, usando sus cuerpos como un texto donde está inscrita esta falta, esta carencia de poder significarse a partir de su cuerpo con un lenguaje propio.

Anorexia hoy (o el ascetismo sin contexto)

A mi parecer, la anorexia de hoy difiere de la anorexia sagrada y de los ayunos practicados por las mujeres que pertenecían a las primeras comunidades cristianas, fundamentalmente porque el contexto en que está inserta no considera el impulso religioso o el impulso ascético como parte de la vida humana.

Esta conducta, que viene siendo practicada desde hace siglos, ha sido significada de diferentes maneras, según el contexto histórico y social en el que se haya manifestado. De esta forma, fue en la edad media un signo de **santidad**; durante el siglo XIX, una manifestación de la **debilidad femenina**, y hoy es una **enfermedad** bio-psico-social.

Obviamente, en los distintos contextos ha tenido cualidades y características diferentes. En cada época ha sido moldeada por el contexto humano en que se inscribe. En la Edad media, por ejemplo, la religión era más inmediata y lo inexplicable era desentrañado a partir de causas divinas. El lugar de las mujeres en la sociedad y en la familia, las llevaba a buscar autoridad y autonomía a los conventos, donde a pesar de estar a cargo de un clérigo masculino, podían mantenerse fuera del sistema de parentesco y todo lo que él implicaba.

La opción monacal y el ascetismo fueron perdiendo su fuerza. La llegada del racionalismo quitó fuerza a la fe y las explicaciones divinas o milagrosas fueron reemplazadas por las científicas. El

impulso religioso fue escindido de la existencia humana, al igual que el cuerpo fue finalmente separado de la mente (a la que antes se llamaba espíritu) y colocado en un lugar definitivamente inferior.

El impulso ascético dejó de ser nombrado; desapareció como significado de una conducta y quedó sepultado en la profundidad del inconsciente. Sin embargo, no por eso ha desaparecido, sólo que hoy es expresado en un mundo donde el ascetismo o la búsqueda de Dios, ya no tiene mediadores válidos. Además, el mito y el rito se han separado y hoy el ritual se realiza sin un mito que le dé sentido; se torna entonces compulsivo, pues el Dios buscado no aparece; ni siquiera es invocado por su nombre, por quienes están atrapadas en la ejecución compulsiva de un ritual que ya no es capaz de tomar contacto con el Dios que le dio origen.

Me atrevo a sostener que las anoréxicas de hoy son ascetas en una sociedad donde no hay lugar para ello. Su conducta revela esta necesidad de purificación, austeridad y aislamiento del entorno social. Creo que es un impulso inconsciente, que es necesario traer a la conciencia de manera de entender las raíces profundas de la conducta anoréxica.

Hay otra cualidad de la conducta anoréxica que quisiera nombrar y que a mi parecer está presente en todas las ayunantes (me refiero, históricamente); es la separación del cuerpo, el abandono del amor a la obra materna²³ que las deja huérfanas de significado, pues están huérfanas de madre, rechazan su cuerpo y no tienen lenguaje propio para nombrarse.

El patriarcado, dentro de su lógica dicotómica, separó el cuerpo del espíritu. Incluso en las corrientes ascéticas más antiguas, existe esta dicotomía que opone alma y cuerpo, quedando este último en una posición inferior. La obra materna queda fuera de lo humano, despojada de su cualidad de creadora de vida. La vida es entregada por un Padre espiritual, lejano a la materia, y el nacimiento queda

acotado a un hecho puntual y biológico.

Durante la época feudal hubo un intento por volver a traer el cuerpo a la madre con el mito de la Encarnación, mas luego esto fue nuevamente usurpado y la maternidad, reducida a la biología.

La separación entre cuerpo y alma nos es ajena, "no se halla en modo alguno presente desde el nacimiento. Pero a medida que una criatura humana va avanzando en años y comienza a trazar y a reforzar la frontera entre lo que es y lo que no es, empieza a considerar el cuerpo con emociones encontradas."²⁴ Esto es producto de la socialización en el patriarcado, que funciona con dicotomías y separaciones. De esta forma, encontrar a Dios (al espíritu) implica necesariamente abandonar al cuerpo, eliminarlo, pues es su opuesto. Centrarse sólo en una búsqueda mental, plagada de antinomias, que empobrecen la percepción de sí.

Por otra parte, el cuerpo sexuado femenino ha sido tomado por el patriarcado. Este lo ha construido con su lenguaje, significándolo como un cuerpo débil, deseable, accesible y cuyo producto, la vida, no le es propio. "Que algo tenga o no tenga existencia simbólica quiere decir que está dotado (o no está dotado) de sentido libre, de significado expresable libremente en la lengua común. Cuando algo vivo no encuentra sentido en la cultura en la cual vive, cuando algo vivo no es expresable libremente en la lengua común, cuando no hace, por tanto, orden simbólico, se convierte en una fuente de sufrimiento. Se convierte en una realidad que se mueve sin sentido dentro de mí y me produce ansiedad y vértigo; es causa de desorden simbólico; desorden que cuando es extremo, puede llevar a la enfermedad y a la locura."²⁵

De este modo, la conducta anoréxica, simboliza esta falta de poder expresarse desde un cuerpo sexuado femenino, en la lengua común. El cuerpo se convierte en una fuente de sufrimiento, pues está construido por significados ajenos. Hay una búsqueda (religiosa),

que sólo es posible a partir de la negación del cuerpo, pues, en este simbólico, cuerpo y espíritu son irreconciliables. Una dicotomía que es ajena a lo femenino.

Al negarlo, al quitarle existencia al cuerpo, se está negando la existencia simbólica que el patriarcado le ha otorgado. Sin embargo, el precio es demasiado alto, ya que mientras más se elimina el cuerpo, más lejos se está de la fuente de significado original, que es precisamente el cuerpo sexuado femenino, ese cuerpo que da a luz y se da a luz. Que permite el amor entre las mujeres y el amor de lo femenino entre ellas. Que es a fin de cuentas el legado y la obra de la madre.

Para comprender la paradoja que existe en el comportamiento anoréxico y teniendo en cuenta las dos cualidades fundamentales que a mi parecer a él subyacen: me refiero al impulso ascético y a la dicotomía espíritu/cuerpo, me parece de inmensa riqueza el trabajo que desde la perspectiva junguiana, se puede realizar con mujeres anoréxicas.

Desde la perspectiva junguiana, el trabajo consiste en descubrir el ámbito transpersonal de la conciencia humana, que está dado por los Arquetipos que forman el inconsciente colectivo: todas las imágenes, divinidades y demonios que presentan las antiguas mitologías de todo el mundo. El objetivo del trabajo terapéutico es reconocer, aceptar y utilizar conscientemente estas poderosas fuerzas, en lugar de dejarnos mover inconscientemente por ellas.

De esta forma, lo divino forma parte de la vida humana, habitando lo más profundo del ser. Lo importante es poder reconocer los mitos a través de los que estas imágenes divinas se presentan; abrirse a la trascendencia mitológica e integrar su percepción en nuestro mundo convencional, revitalizando la existencia al volver a conectarla con una fuente mucho más profunda que ella misma.

Las imágenes arquetípicas se encuentran presentes en todos los

seres humanos y pueden ser activadas por cualquier situación que corresponda a un determinado arquetipo. Si se aborda la propia vida con esta *conciencia de unidad*, ya no se mira sólo con los propios ojos, sino también con los ojos del espíritu colectivo de la humanidad. De este modo, los problemas del ser personal son trascendidos por el *ser transpersonal*, que se mantiene libre e intacto, pues es divino.

Para Jung, la neurosis está dada por la pérdida de este contacto con lo sagrado; con la trascendencia mitológica. "En toda época anterior a la nuestra han creído en dioses de una u otra forma. Sólo un empobrecimiento sin parangón de los simbolismos podría hacernos redescubrir a los dioses como factores psíquicos, es decir, como arquetipos de lo inconsciente."²⁶ La neurosis es entonces un camino de ser, de contacto con lo divino.

La falta de lo sagrado y la no-satisfacción del impulso religioso, dejan un vacío que debe ser compensado. Los rituales se vuelven compulsivos y ya no tienen unos mitos que les den sentido.

Los arquetipos tienen características que forman parte de la sombra, que son los impulsos negados y rechazados de la personalidad. Los dioses tienen aspectos que nuestra personalidad consciente rechaza, pero que existen de todos modos y que se manifiestan ya sea a través de sueños, conductas compulsivas o proyecciones. El reconocimiento de estos aspectos enriquece enormemente la personalidad, pues se es más humano; no perfecto, pero sí pleno.

Ahora bien, si se mira la anorexia desde esta perspectiva, es posible verla sin limitaciones temporales y dejando que surja del comportamiento anoréxico, el *ritual* que las mujeres vienen realizando hace siglos. Un comportamiento místico de búsqueda, de volver a vivir su cuerpo como un lugar sagrado y como un legado de la madre.

El ritual del ayuno purificador tiene su base en las prácticas antiguas

de preparación, espiritual y corporal, previas a la celebración religiosa. Tenía un fin y por tanto estaba acotado en el tiempo. El ayuno compulsivo, por su parte, obedece a una sensación del cuerpo como una escoria, algo que debe ser eliminado para alcanzar la pureza espiritual. Una imagen proveniente de la alquimia puede ayudar a comprender mejor esta dinámica; "La escoria es una impureza que debilita el metal; la aleación es una impureza que lo fortalece. El alma como el oro, si es demasiado refinada o pura se vuelve blanda y no puede mantener su forma. Necesita mantener una impureza que le permita endurecerse y conservar una forma identificable. Si el alma cree que está por encima de toda identidad, por ser demasiado pura para tener forma, entonces considerará la aleación del cuerpo como una escoria."²⁷

Este es el núcleo del ritual compulsivo, que lleva a alejarse del cuerpo y por tanto a perder el contacto con su fuerza interior. Separada de la sabiduría del cuerpo, las mujeres se pierden el contacto con el amor y con el goce. Cualquier actividad placentera está cargada de culpa, pues el hacer ha tomado el sitio del ser y el cuerpo ya no es una expresión tangible del espíritu interior.

Las raíces culturales de esta disociación entre el cuerpo y el espíritu, ya fueron descritas anteriormente. Ahora bien, esta disociación es ontogenética, a la vez que filogenética; en el terreno personal tiene sus raíces en la relación con la madre.

Una mujer que no está enraizada en su cuerpo, no puede brindarle a su hija el vínculo que necesita para estar en contacto con sus propios deseos. La hija no puede relajarse en el cuerpo de la madre ni en el suyo propio y éste no es un lugar seguro desde el cual desarrollarse. Prefieren entonces mantenerse como espíritus puros, alejados de esa materia en la que se hunden. El cuerpo de la madre no es fuente de riqueza y significado; ella no le hizo conocer el profundo amor a estar viva, pues a ella tampoco le había sido transmitido.

La madre, separada de su sabiduría, se transforma en una madre negativa en el inconsciente de la hija, que lucha por deshacerse de ella, rechazando su cuerpo y el alimento. Esta falta de contacto con su cuerpo y con los cuerpos de sus hijas deja un vacío en ellas que es llenado con una relación ilusoria con el *animus* o polaridad sexual interna, que se proyecta fundamentalmente en la relación con el padre.

En general, las chicas anoréxicas son hijas del padre. Se identifican con Él y lo invisten de una altísima carga afectiva-sexual. En términos junguianos, se produce un incesto psíquico con el padre. El *animus* de estas chicas obedece a la imagen arquetípica del *puer aeternus*; espíritu masculino adolescente. El incesto entonces se refiere a una unión espiritual erotizada con el *puer*. "Con el fin de mantenerse lo suficientemente pura y joven para alcanzar el nivel del *puer*, la anoréxica debe purificar su cuerpo al punto que su desarrollo sexual se detenga o sea revertido. Al mismo tiempo, ella debe retirarse del mundo exterior, con el fin de evitar la contaminación."²⁸

La imagen del *puer* recuerda la unión con Cristo buscada por algunas mujeres medievales. Cristo es un espíritu masculino puro, al que las mujeres amaban e intentaban alcanzar. La carencia de una estructura religiosa nos lleva a tener que buscar a las divinidades en el inconsciente, por lo que Cristo es el arquetipo del *puer*.

El padre, por su parte, proyecta sobre su hija las características de su *anima* (polaridad sexual). La hija, que ha aceptado (inconscientemente) esta unión queda atrapada en una relación que la aleja cada vez más de su vida instintiva. Al ser el padre el objeto de su amor, el tabú del incesto se interpone y el instinto y el amor se separan. El cuerpo no está en sintonía con el espíritu y la mujer comienza a vivir la vida desde la "cabeza", desconectada de su propio deseo.

Hay otro punto que quisiera destacar, que es del sufrimiento asocia-

do a la conducta de ayuno, como forma de purificación. Si se retoman las imágenes religiosas de algunas místicas el siglo XIII, tenemos que el sufrimiento de Cristo es lo fundamental en su acto de redención, es decir, la crucifixión y la resurrección son vistas como hechos separados, dando lugar al sufrimiento como forma de salvación. En las anoréxicas actuales "hay una marcada actitud masoquista en la cual crucifixión y sufrimiento tienden cada vez más a convertirse en una finalidad en sí misma, mientras que lo individual es percibido como desvalorizado por la evidencia de sus continuas derrotas."²⁹ Quedó disociado en el inconsciente un hecho que es el punto culminante de un solo proceso. Esta antinomia, instalada en el centro del ser, produce la desesperanza y el sufrimiento, pues bloquea la apertura a seguir naciendo y rompe el continuo de la vida.

Ahora, si la dicotomía desaparece y crucifixión y resurrección se transforman en una sola cosa, aparece el misterio femenino; la contradicción se transforma en paradoja. Esta transformación es el trabajo de lo femenino; "encontrar la tranquilidad en el centro del torbellino, en el ojo del huracán y no quedar paralizada por el miedo. A ese centro lo llamo Sofía, la femenina sabiduría de Dios. Es un centro invisible encontrado sólo en un proceso creativo, reconocido en el comienzo de forma no consciente pero que luego gradualmente se va revelando, a medida que se desarrolla el proceso. Dicho en otras palabras: este punto no existe fuera del proceso, su ser está siempre en el porvenir, dando al proceso la seguridad de su propia realidad."³⁰ La vida se transforma en un proceso constante de dar y darse a luz, más allá de las antinomias, es posible recuperar el orden simbólico de la madre.

En este punto se encuentra también la posibilidad de sanación que entrega la anorexia. Se ha visto cómo en sus características, puede leerse lo ancestral que es esta conducta; lo ancestral que es el sufrimiento que provoca la disociación del espíritu y el cuerpo y, por tanto, lo ancestral que es la búsqueda de Dios por parte de las mujeres. Como dije anteriormente, la anorexia de las místicas me-

dieales tiene una forma diferente a la anorexia actual que se debe fundamentalmente a que en nuestra cultura no hay un soporte externo para lo que se construye en el interior. "Pero sí tenemos algo que no estaba al alcance del peregrino del siglo XIII que viajaba en busca del trono de la virgen, y es un conocimiento más completo de lo que el peregrinaje significa simbólicamente. Esa conciencia es a menudo fruto de una neurosis, de una experiencia psicológica profunda de nuestra propia naturaleza femenina, la cual, por una gracia que rebasa los siglos, hace de la mujer del siglo XX una hermana de la mística del siglo XIII, hermana incluso de las que peregrinaban a Eleusis. Los modelos arquetípicos que nos conectan son eternos."³¹

La sanación se encuentra en ir más allá de las dicotomías; volver a dar al cuerpo su valor sagrado. "El camino natural femenino hacia la madurez femenina es a través del cuerpo. En esto consistían en esencia los ritos de iniciación. Estos buscaban la conexión de la niña con su propio cuerpo, que entonces era reconocido como parte del cosmos femenino: un vehículo para la fertilidad, el receptáculo que la volvía una con la Diosa, por cuyo intermedio la vida transcurría eternamente."³²

Hoy no contamos con ritos de iniciación que den al cuerpo este reconocimiento. Las madres, quienes tampoco han tenido su ritual, no otorgan a las hijas este reconocimiento de sus cuerpos. En otras palabras, la madre no puede dar a la hija un significado de su cuerpo inscrito más allá de la mirada del padre.

La recuperación del cuerpo, de su significado e importancia como fuente de creación, es fuente de ser. En lo más profundo, es la recuperación de la madre, de la estructura simbólica que la contratación con ésta crea en el interior y que permite actuar desde el deseo de la madre; deseo de libertad y de creación infinita. Creación infinita que tiene lugar mediante la formación de una genealogía femenina, desde la cual el nacimiento no es una ruptura, sino un hecho que se repite y que no acaba.

En el pasado más profundo de esta genealogía, en el inconsciente, se encuentra Dios, pero no el Dios patriarcal, el Dios de las leyes, al que se le atribuye la autoría de la vida y de la palabra. Lo que se encuentra es un principio femenino, Sofía o la Gran Madre, (las místicas medievales se referían a la parte femenina de Cristo) que crea desde su cuerpo, que es el principio de la vida y la palabra y donde los opuestos están unidos; lo divino y lo humano están unidos.

La recuperación de la relación con la madre, permite también la recuperación de ese origen divino. Hay que considerar que el reencontro con la madre, pasa por haberla perdido totalmente, al punto de negar en el propio cuerpo la fertilidad. Este es el camino de crecimiento que subyace en la conducta anoréxica; poder recuperar a la madre y contratar con ella, más allá de la identificación inconsciente. Como Perséfone que regresa donde su madre Deméter, luego de haberse enfrentado al mundo oscuro de su inconsciente y de regresar hacia ella transformada en una mujer.

En conclusión, creo profundamente que la conducta anoréxica obedece a un impulso religioso, a una necesidad de conectarse con la fuente de la vida. Sin embargo, es un impulso que se manifiesta desde el desorden simbólico en el que se encuentran algunas mujeres.

Al estar disociado el espíritu del cuerpo (origen profundo del desorden simbólico), el impulso religioso se canaliza a través del sufrimiento, la privación y una necesidad compulsiva de purificación.

La unión del espíritu y el cuerpo y la recuperación del significado que este último tiene dentro del orden simbólico de la madre, permite canalizar el impulso religioso hacia la búsqueda de la plenitud, pues parte de un cuerpo que es fuente de vida.

notas:

1. Bray, A & Colebrook, C. (1998) *The Haunted Flesh: Corporeal Feminism and the Politics of (Dis)Embodiment*, pág. 58
2. Wolf, N. (1991) *El mito de la belleza*, pág. 244
3. Religión viene de *religare*: unir de nuevo
4. Minuchin, S. op. cit.
5. Gómez, Paloma (1996) *Anorexia Nerviosa, la prevención en familia*, pág. 36
6. Brumberg, J.J. (1988) *Fasting girls*, pág. 31
7. Wilber, K. (1979) *La conciencia sin fronteras*, pág. 21
7. Wilber, K. op. cit. pág. 20
8. Wilber, K. op. cit. pág. 27
9. Woodman, M. *Adicción a la perfección*, pág. 312
10. Caskey, N. (1985) *Interpreting anorexia nervosa*, pág. 189
11. Bell, R. op. cit. pág. 116
12. Caskey, N. op. cit. pág. 185
13. Irigaray, L. *Ethique de la différence sexuelle* (1984) en Rivera Garretas, M. (1996) *El cuerpo indispensable*
14. Rivera Garretas, M. (1996) *El cuerpo indispensable*, pág. 46
15. Bynum, C. W.(1990) *El cuerpo femenino y la práctica religiosa en la Baja Edad Media*, pág. 180
16. Bynum, C. W.(1982) *Jesus as Mother*, pág. 191

17. Bynum, C. W. (1982) op. cit. pág. 191
18. Bynum, C. W. (1982) op. cit. pág. 181
19. Bynum, C. W. (1982) op. cit. pág. 244
20. Bynum, C. W. op. cit. pág. 258
21. Bell, R. op. cit. pág. 175
22. Ver Muraro, Luisa (1991) *El orden simbólico de la madre*.
23. Wilber, K. op. cit. pág. 18
24. Rivera Garretas, M. (1996) *El cuerpo indispensable*, pág. 62
25. Jung, C.G. en Woodman. M. op. cit. pág. 39
26. Woodman, M. op. cit. pág. 129
27. Caskey, N. op. cit. pág. 186
28. Woodman, M. op. cit. pág. 90
29. Woodman, M. op. cit. pág. 119
30. Woodman, M. op. cit. pág. 260
31. Woodman, M. op. cit. pág. 198

Bibliografía:

1. Bell, Rudolph (1985) *Holy Anorexia* University of Chicago Press, Chicago, III

2. Bray, Abigail & Colebrook, Claire (1998) *The Haunted Flesh: Corporeal Feminism and the Politics of (Dis)Embodiment* en *Signs: Journal of women in culture and society* 24: 1, 35-67
3. Brumberg, Joan Jacobs (1988) *Fasting girls: the emergence of anorexia nervosa as a modern disease* Harvard University Press
4. Bynum, Caroline Walker (1982) *Jesus as Mother: Studies of the spirituality in High Middle Ages* University of California Press, Berkley
5. Bynum, Caroline Walker (1990) *El cuerpo femenino y la práctica religiosa en la Baja Edad Media* en Feher, Naddaff y Tazi, eds. *Fragments para una historia del cuerpo humano* Vol. I 163:225 Taurus, Madrid
4. Caskey, Noelle (1985) *Interpreting Anorexia Nervosa* en *The female body in western culture* Harvard University Press, Cambridge
5. Gómez, Paloma (1996) *Anorexia Nerviosa: la prevención en familia* Ediciones Pirámide, Madrid
6. Minuchin, Salvador (1978) *Familias psicósomáticas* Paidós, Barcelona
7. Muraro, Luisa (1991) *El orden simbólico de la madre* Horas y horas, Madrid
8. Rivera Garretas, María Milagros (1990) *Textos y espacios de mujeres* Icaria, Barcelona
9. Rivera Garretas, María Milagros (1994) *Nombrar el mundo en femenino* Icaria, Barcelona
10. Rivera Garretas, María Milagros (1996) *El cuerpo indispensable* Horas y Horas, Madrid
11. Wilber, Ken (1979) *La conciencia sin fronteras* Kairós, Barcelona
12. Woodman, Marion (1994) *Adicción a la Perfección* Luciérnaga, Barcelona
13. Wolf, Naomi (1991) *El Mito de la Belleza* Emecé, Barcelona